

Oximoron: La violencia en la escuela

María S. Ciruzzi¹ 

“Vivimos en una época tan poseída por los demonios que pronto sólo podremos practicar la bondad y la justicia en la más profunda clandestinidad”. Franz Kafka

Mi niñez no fue un mundo idílico. Había peligros que acechaban a la vuelta de la esquina: el hombre de la bolsa, que secuestraba a los niños^a que se portaban mal, no obedecían a sus padres o no hacían los deberes; los patoteros y bravucones, que nos desafiaban en el colegio o que nos maltrataban en las plazas. Había “manteadas”, y los carteles “pegue aquí” adosados a nuestras espaldas. También había maltrato de parte de algunos adultos: las orejas de burro, frases peyorativas y descalificantes como “dígame de que se ríe así nos reímos todos”, “Ud. es un pozo de ignorancia”, forman parte de mi colección privada de malhumores varios.

Pero también teníamos un ambiente familiar, social y educativo que nos contenía. La maestra era nuestra mamá en el aula, a quien debíamos obedecer y respetar. Contábamos con el policía de la esquina para cualquier situación de riesgo que se nos presentara en la calle: especialmente en los colectivos, cuando en nuestra preadolescencia empezamos a descubrir que las niñas podíamos ser objeto de lascivia

de un adulto, y recibíamos un entrenamiento rápido y básico en cómo defendernos frente a la “apoyada” tan temida,^b cuando el acoso y el abuso no eran aún palabras de importancia en el diccionario social.

Hay tres sacrosantos ámbitos para nuestros niños: el hogar, la escuela y los hospitales. Son, en su propia esencia, lugares seguros, donde la violencia no debería tener oportunidad alguna.

La escuela es un espacio de educación en sentido formal y material. Además de contenidos curriculares, los alumnos aprenden convivencia, reglas, respeto y a lidiar con sus propias frustraciones.

Empero, la violencia en la escuela es también una realidad. Altercados físicos y acoso escolar, incidentes con armas de fuego o armas blancas, subversión del principio de autoridad... la escuela no es más que un reflejo lacerante de la pérdida de valores en nuestra comunidad.

El fácil acceso a las armas, la autopercepción de encontrarse “jugado” y “sin salida”, la ausencia de referentes ejemplares (familiar, social, institucional), las inequidades sociales y un clima generalizado de crispación e intolerancia son un adecuado caldo de cultivo donde el germen multi/pluricausal de la violencia florece fácilmente.^c

Nuestra tarea es ciclópea: contraponer una cultura de convivencia y respeto a la cultura de

doi (español): <http://dx.doi.org/10.5546/aap.2026-11166>

doi (inglés): <http://dx.doi.org/10.5546/aap.2026-11166.eng>

Cómo citar: Ciruzzi MS. Oximoron: La violencia en la escuela. *Arch Argent Pediatr.* 2026;e202611166. Primero en Internet 25-JUN-2026.

¹ Abogada y Eticista.

Secretaria de la Subcomisión de Derechos del Niño y Adolescente. Sociedad Argentina de Pediatría.

Correspondencia para María S. Ciruzzi: dra.msCiruzzi@gmail.com



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional. Atribución — Permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra. A cambio se debe reconocer y citar al autor original. No Comercial — Esta obra no puede ser utilizada con finalidades comerciales, a menos que se obtenga el permiso. Sin Obra Derivada — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

la violencia, en un micro/macro mundo que es violento *per se*, que considera que ser violento es *cool*. Demanda, necesariamente, un nuevo contrato social que permita (re)consensuar valores perdidos: respeto, humildad, valentía para rechazar la violencia, responsabilidad, en un marco de gestión pacífica de conflictos y frustraciones.

Podemos comenzar con sencillez: 1) no existe un derecho a tener armas: cuando decidimos vivir en sociedad el ejercicio del poder punitivo y de defensa queda a cargo del Estado, solo excepcionalmente los individuos pueden ejercerlo por sí; 2) garantizar que existan leyes y políticas sobre armas de fuego, y que se apliquen efectivamente; 3) prevenir la violencia antes de que ocurra, mediante la identificación de niños en riesgo; 4) fomentar la mediación y la acción comunitaria;^d 5) ofrecer programas sociales y educativos integrales para niños y familias en situación de vulnerabilidad; 6) reducir los incentivos económicos para unirse a las pandillas; 7) garantizar que los niños afectados por la violencia tengan acceso al apoyo adecuado, incluidos los servicios de salud mental y adicciones; 8) promover una justicia adaptada a la niñez y ayudar a jóvenes infractores a reconstruir sus vidas mediante la justicia restaurativa.^e

Nuestro desafío es enorme. Cobijar a nuestros niños de los riesgos y daños de un mundo violento sin cortarles las alas, sin interponernos en el desarrollo natural que importa crecer y madurar, enfrentando los sinsabores de la vida. Somos el espejo donde los chicos se miran. Somos la palabra en búsqueda de contradicciones. Somos la acción de variadas y contrapuestas intenciones.

Nuestros chicos nos observan. Se espera que los protejamos, que exorcicemos todos los males del mundo, evitando que estos los dañen. Para ello debemos recuperar la palabra puesta en diálogo, conocer qué les pasa, saber cuáles son los demonios internos y externos, medir fuerzas, balancear pros y contras, estar presentes. La bioética nos enseña ese camino: el consenso y el diálogo, la deliberación y ponderación de cada una de las consecuencias, en cada situación particular. El respeto al otro en su singularidad, un ser en constante evolución y potencia, único e irreplicable aún en su propia vulnerabilidad. Respetar su dignidad exige una responsabilidad adulta indelegable: acompañarlos y fortalecerlos sin anularlos ni reemplazarlos, amplificar su voz para protegerlos, enseñarles que la libertad y la

responsabilidad se contienen recíprocamente.

En un mundo donde hemos naturalizado la violencia, donde parece que hemos perdido la capacidad de asombro frente a la anomia y la agresión, los niños nos interpelan con contundencia: no cedamos nuestro rol de adultos. Porque nuestra obligación es crear un marco de referencia que contenga las conductas humanas en un ámbito de respeto personal, que eso es vivir en sociedad.

En una época de crisis de la moral social e individual, apelar a la bioética consiste –ni más ni menos– que en un acto de rebeldía adolescente: echar mano de los valores morales para fortalecer los derechos individuales con el objetivo de recuperar la humanización de las relaciones personales.

NOTAS

^a En todo este manuscrito se usa “niño” en los términos de la Convención de los Derechos del Niño, art. 1 “todo ser humano menor de 18 años”.

^b El famoso prendedor-alfiler de la abuela era un bien absolutamente valorado que se heredaba de generación en generación entre las mujeres de la familia. Sus usos eran múltiples (una herramienta polifuncional): sostenía un sombrero con la misma elegancia que una chalina y con la misma eficacia con que alejaba al perpetrador cuando intentaba acercarse a nuestra pequeña humanidad.

^c La violencia armada es un desafío complejo que afecta desproporcionadamente a los niños en América Latina y el Caribe (ALC). La región tiene la tasa de homicidios de niños más alta del mundo, cuatro veces superior a la media mundial, y el homicidio es la principal causa de muerte de adolescentes: 8 de los 10 países con la tasa de homicidios más alta del mundo se encuentran en ALC. <https://www.unicef.org/lac/violencia-armada-impacto-ninez-adolescencia>

En Estados Unidos, en 2024, el 68 % del total de muertes por agresión entre niños involucraron un arma de fuego; y el 45 % del total de muertes por suicidio involucraron un arma de fuego. Las tasas de mortalidad por arma de fuego fueron más altas entre los adolescentes (de 12 a 17 años), los jóvenes negros e indígenas estadounidenses y nativos de Alaska (AIAN, por sus siglas en inglés), y los jóvenes varones. <https://www.kff.org/mental-health/child-and-adolescent-firearm-deaths-national-trends-and-variation-by-demographics-and-states/>

En Argentina estamos escasos de estadísticas

que tomen la repercusión de la violencia armada más allá de los casos que llegan a la justicia penal. Pero los hechos de público conocimiento, evidencian una situación realmente alarmante.

^dLas denominadas ciudades compasivas, concepto acuñado por los Cuidados Paliativos. *“Una ciudad compasiva es una ciudad incómoda. Una ciudad que se siente incómoda cuando alguien no tiene hogar o pasa hambre. Incómoda*

si no se ama a cada niño y no se le brindan oportunidades para crecer y prosperar. Incómoda cuando, como comunidad, no tratamos a nuestros vecinos como nos gustaría que nos trataran a nosotros,” Karen Armstrong, fundadora del movimiento global Carta de la Compasión.

^eVer, en este sentido: <https://www.unicef.org/lac/informes/violencia-ninas-ninos-adolescentes-america-latina-caribe-nuevos-datos-soluciones>